

*se atrevieron á orar en público, por no dejar alguno de quien no pueda sacarse fruto. Y no dejaba de creer por eso el orador Romano, como lo dice; que la verdadera perfeccion está en aquella suprema imágen de belleza que se vé con sola la mente é imaginacion, á que no alcanzan los sentidos, y que acá abajo se ha de sacar de cada cosa lo que pareciere mas perfeto.*

---

## FILOSOFÍA

DE LA

## ELOCUENCIA.

---

### INTRODUCCION.

**D**ESPUES de haber los hombres perfeccionado la facultad de comunicarse sus ideas, cultivaron la de infundirse sus pasiones. Este egercicio en las instituciones democráticas produjo y autorizó el talento oratorio: de cuyos maravillosos egemplos se vino á formar un arte sublime, que, escuchado como oráculo en las deliberaciones públicas, fué árbitro de la paz y de la guerra, terror y azote de la tiranía, y tal vez arma fatal de los tiranos.

De aquí tomó su origen é imperio la elocuencia, que destinada para hablar al corazon como la lógica al entendimiento, llegó en la antigüedad á imponer silencio á la razon humana. Así es que los prodigios que obró muchas veces en boca de un ciudadano cautivando los ánimos de un pueblo entero, forman acaso el testimonio mas admirable de la superioridad de un hombre sobre la muchedumbre. Dejando innumerables egemplos, hasta traer á la memoria aquel Cinéas Té-



salo, hombre tan grave y suave en el decir, que Pirro rey de los Epirótas le embió por embajador á muchas ciudades; el cual las trajo de tal suerte á su devocion, que mostró ser verdadera la sentencia de Eurípides, de que *acaba todas las cosas la Oracion, con la cual poco puede el hierro enemigo*. Y aun el mismo Pirro solia confesar que mas pueblos habia adquirido con la lengua de Cinéas que con las armas.

La elocuencia pública tuvo su cuna y su trono en las repúblicas, porque allí era necesaria para mandar á los hombres, persuadirles la necesidad y justicia de la ley; y allí se conservó siempre estimada, porque en aquella forma de gobierno abria el camino para las dignidades, el honor y las riquizas. Esta fué la causa de que en aquellos estados populares se honrasen no solo la elocuencia, sino tambien todas las demas profesiones propias para constituir oradores, como eran la política, la jurisprudencia, la poética y la filosofía. Entonces se echó de ver, que para ser insigne orador, era menester, no solo criarse en aquel concurso de circunstancias necesarias para formar un hombre grande, mas aun en tiempos y países, donde se pudiese impunemente reprender el vicio, honrar la virtud, y predicar la verdad. En efecto, si Atenas y Roma, tan fecundas en ilustres oradores en una edad, fueron tan estériles en otra, fué porque la elocuencia corrió allí, como en todas partes, la fortuna de la libertad. Así la grande época de los griegos se cuenta desde Pisistrato hasta Alejandro, y la de los romanos desde Mario hasta Augusto Cesar. Sosegadas las disensiones del pueblo, atajado el desenfreno de los partidos, sujetas las pasiones

y las armas al rigor de las leyes, cesáron las importantes causas y debates que en el foro y en el senado habian hecho valiente y magnífica la elocuencia. Desde entónces los oradores públicos, cuyo destino era como un empleo del Estado, acabáron su oficio; y precisados á abrazar asuntos pacíficos y particulares, se viéron reducidos á la condicion de simples abogados.

La elocuencia, que nació antes que la retórica, así como las lenguas se formáron antes que la gramática, no es otra cosa, hablando con propiedad, sino el dón feliz de imprimir con calor y eficacia en el ánimo del oyente los afectos que tienen agitado el nuestro. Este sublime talento nace de aquel esquisito deleite que hallamos en las cosas, cuya grandeza, importancia y verdad ocupan nuestro corazon: porque la misma disposicion del alma, que nos hace sentir con viveza cualquier movimiento interior, basta para hacernos comunicar su impulso á los oyentes. Así, pues, parece que no hay arte para ser elocuente, una vez que no lo hay para sentir.

Los grandes maestros dedicáron sus preceptos, mas para evitar los defectos, que para enseñar las perfecciones: porque la naturaleza sola cria los hombres de ingenio, del modo que forma en las entrañas de la tierra brutos é informes los metales preciosos; el arte hace despues en el ingenio lo que en estos metales: los limpia y acrisola. Si la fuerza de la elocuencia dependiese directamente del artificio, no viéramos que lo sublime se traduce siempre, y casi nunca el estilo; pues el trozo verdaderamente elocuente es el que conserva su carácter pasando de una lengua á otra.



Vemos tambien , que la naturaleza hace eloquentes á los hombres en los asuntos de grande interes , y en una vehemente pasion , que son dos fuentes de sentencias sublimes y verdaderas : por esto casi todas las personas hablan bien en la hora de la muerte. El que se conmueve vé las cosas con otros ojos que los demas hombres ; compara y pinta con veloz pincel ; y hasta las personas vulgares , como lo muestra la esperiencia , llevadas de su natural imaginacion , se esplican con tropos y figuras : así en todas las lenguas *arde el corazon , ciega la cólera , embriaga el amor , se enciende el odio* , etc. Esta misma naturaleza es la que inspira algunas veces espresiones vivas y animadas , cuando un vehemente deseo , un peligro inminente llaman de repente á su socorro la imaginacion. Enrique IV de Borbon , para animar á sus soldados en la batalla de Ivri , así les dice con su egemplo : *Compañeros : vosotros correis mi fortuna y yo la vuestra. Cuando perdais las banderas , seguid mi penacho blanco , que lo hallareis siempre en el camino del honor y de la gloria.*

Mas ardiente y sublime hallo yo esta breve arenga que hizo un caudillo de patriótas , para animarlos , al ver el egército real que venia á darles batalla : *Yo no soy de los que se reservan para el premio : capitán quiero ser de los muertos ; y si no me halláredes entre vosotros , buscadme allá entre los enemigos.* Tráela D. Francisco Manuel en su historia de la guerra de Cataluña de 1641 en boca de Tamarit , gefe de los Barceloneses amenazados de perder sus fueros.

Dirémos , pues , que los rasgos , en que brilla la elocuencia apasionada , son hijos del corazon ,

y no de los preceptos frios ; antes por aquellos se formaron las reglas , porque en todas las cosas la naturaleza fué simple madre y modelo del arte.

Pero ¿ no se ha dicho como axioma comun , que los poetas nacen , y los oradores se hacen ? Sí , es verdad ; pero no es lo mismo decir cosas con elocuencia que ser escritor ú orador elocuente. Este necesita estudiar las leyes , las inclinaciones de los jueces , las costumbres y pasiones y el gusto de su tiempo , para persuadir , mover y deleitar ; y ambos deben , por un largo egercicio y estudio de su lengua y de sus tesoros , teger sus sentencias , ordenar sus palabras , medir sus frases , vestir sus razones , esforzar sus afectos , y sostener el discurso para llamar la atencion del oyente , y captar su benevolencia. La gracia y mérito del orador está , no solo en espresar bien lo que siente , mas aun lo que no siente ; y en esta ficcion es donde hace toda la costa el arte , y muy poca la naturaleza.

El arte , es verdad , no da el talento , ni el ingenio , ni la imaginacion , ni las afecciones al que carece de estas dotes naturales ; pero enseña á usar de ellas en tiempo y sazón , á darles el temple conveniente , y á distribuir las particiones y adornos que pide una composicion elocuente , ya sea oracion , plática , ó razonamiento. Esta parte artificial , hija toda del estudio , ademas del peso y grandeza de las razones , conviene sobre manera al hombre político , y al capitán , para exhortar á los ciudadanos , y mover á los guerreros. Buen egemplo de esto tenemos en las Filípicas , y algunas arengas que hay en Tucídides y Quinto Curcio , y no de menos valor , ni en menor número , las que se leen en varios de nuestros his-



toridores. Sea la primera la plática que Bartolomé de Argensola en su historia de las Molúcas pone en boca del rey de Tidóre gefe de la liga contra los Europeos, para mover á los príncipes comarcanos y confederados. *Nuestras fuerzas se han juntado para librarnos del yugo europeo castigando, con riesgo de nuestra ruina general, unos hombres á quienes no obligaron nuestros beneficios, ni enmendaron nuestras amenazas: ladrones del orbe, que le tienen usurpado, cubriendo su codicia con títulos magníficos y piosos. En vano hemos probado siempre aplacar su soberbia por medio de nuestra obediencia y modestia: si hallan enemigos ricos, se muestran avaros; si pobres, ambiciosos. Sola esta nacia es la que con igual deseo codicia las riquezas y las miserias ajenas. Roban, matan, avasallan, y con falsos nombres nos privan de nuestro imperio: y hasta que convierten las provincias en soledades, no les parece segura la paz. Nos llamamos poseedores de las mas fértiles islas del Asia, solo para que con sus frutos compremos servidumbre y vasallage infame, convirtiendo esta felicísima liberalidad del cielo en tributos á la ambicion de tiranos advenedizos. Esperiencia tenemos de cuan odioso ha sido siempre nuestro valor á los capitanes cristianos, los cuales, por esto mismo, no debemos esperar ni mas modestos, ni menos enemigos. Tened, pues, en memoria, asi los reyes como los súbditos, asi los que os prometeis gloria como los que salud, que ninguna de estas cosas se alcanza sin libertad, ni esta sin brios y sin conformidad.*

Leemos en el mismo Argensola la lamentable arenga que la reina viuda de Ternáte hizo á los

portugueses, apretando entre sus brazos al tierno infante su hijo, al tiempo que querian quitárselo só color que iban á coronarle: *Cuando yo estuviera cierta de que le llevais para que reine en sosegada fortuna y en prosperidad no asaltada de temores; quisiera mas verle crecer y durar en vida privada, sin cargas de ningun cuidado público, que verle reinar por vuestro antojo. ¿Será justo que os entregue mi hijo para recibir la corona, y juntamente le destineis á las cadenas y hierros, de los cuales vengan á librarle solo el veneno y las falsas acusaciones con que han fenecido sus hermanos, y sus padres? ¿Qué prendas me tiene dadas la fortuna de que en este niño se ha de aplacar con aquella familia, á quien por la proteccion que pensó hallar en vuestras armas, ordenó que le cargaseis yugo intolerable? Dejadnos, pues á la madre y al hijo ocupar los ánimos en las obras de la naturaleza, ya que las de la fortuna nos han desengañado con tan costosas esperiencias. Permitid que nos divirtamos de ellas con el cultivo y mansedumbre de estos jardines; séanos, siquiera, lícito carecer de lo que tantos desean.*

Que dirémos de la elocucion que hizo Hernando Cortés á sus soldados cuando llegó de la Havana á la Isla de Cozumel, animándoles á la empresa: *Amigos y compañeros (les dice) la causa de Dios nos lleva, y la de nuestro rey, que tambien es suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por si mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales, en que habreis menester socorros de todo vuestro*



valor: miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo, y asperezas de la tierra en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres. Pocos somos, pero la union multiplica los egércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza. Uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere, una la mano en la ejecucion, comun la utilidad, y comun la gloria en lo que se conquistáre. Del valor de cualquiera se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados: y mas tendreis que obedecer en mi egemplo que en mis órdenes.

Verémos otro egemplo del estilo, en que se visten las arengas en la exhortacion que hizo á los megicanos el rey de Tezcúco, sobrino de Motezuma que estaba á la sazón preso en poder de los españoles: *¿A que aguardamos (les dice) amigos y parientes, que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nacion y á la vileza de nuestro sufrimiento? ¿Nosotros que nacimos á las armas, y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos doblamos la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza? ¿Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad, y desprecio de nuestra paciencia? Prendieron al gran Motezuma, sacándole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardias á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de los delincuentes. ¿Quién habrá que lo crea, sin desmentir á sus ojos? ¿O verdad ignominiosa, digna del silencio, y mejor para el olvido! Pues ¿en qué os deteneis, ilustres megicanos,*

*preso vuestro rey, y vosotros desarmados? Esta libertad que le veis gozar estos dias, no es libertad sino un tránsito engañoso á otro cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado el corazon, y se han hecho dueños de su voluntad, que es la prision mas indigna de los reyes.*

Estos razonamientos, y todos los que se llaman directos en las historias antiguas, son fingidos, es verdad; son inverosímiles ademas, y tambien es verdad. El autor es quien escribe, quien dicta, y quien habla, cuando pone sus cultas razones en boca de incultos personajes: pero no se han trasladado aquí sino para mostrar que ninguno, ora sea docto, ora indocto, puede labrar la estructura de estas ficciones en fuerza solo de su natural si no se socorre del arte y del estudio.

La elocucion de la naturaleza es comun al hombre civil y al salvaje: rasgos se citan de ellos, y no discursos. En sus breves sentencias hay palabras, y no hay estilo; hay imágenes, y no colorido; hay grandeza, y falta el decoro; hay sencillez, mas no hermosura. Hablan las pasiones rompiendo por la salida mas corta, como son el amor y el dolor, cuya impetuosa espresion rebienta en exclamaciones, imprecaciones, quejas, amenazas, deprecaciones y en personificaciones comunes. Pero la elocucion, que es el habla culta, pura, noble, espléndida, agraciada y persuasiva, solo se alcanza fundamental y científicamente con el estudio de la retórica, porque en ella está cifrado el arte de bien decir. A este debieron su fama y escelencia las oraciones de los Esquines y Demóstenes, de los Tulios, Brutos, Antonios, Gracos y Hortensios.



En tanta estima se tuvo siempre la gracia de la elocuencia, que aquellos grandes reyes, engendrados de Dios como dice Homero, hinchados con la púrpura, cetro, guardias y oráculos divinos, y que con su grandeza y magestad espantaban y sujetaban al vulgo; también querían hablar por reglas de retórica, y abogaban en el foro, usando de la facundia y razones que sublimaban á los hombres al sumo grado de reputacion. Pedian á Júpiter el consejo, á Minerva el entendimiento, y á Caliope la elocuencia.

### CALIDADES DEL TALENTO ORATORIO.

El que pretenda á un tiempo enseñar, mover y deleitar, que es el oficio del orador, ¿qué conocimiento no es menester que tenga del corazón humado, de su propio idioma, y del espíritu del siglo en que vive? ¿qué gusto, para presentar sus conceptos en un semblante agradable? ¿qué estudio, para ordenarlos del modo que hagan la mas viva impresion en el ánimo de los oyentes? ¿qué discernimiento para distinguir las circunstancias que deben tratarse con alguna extension de las que, para ser sentidas, hástales solo ser manifestadas? ¿qué arte, en fin, para hermanar siempre la variedad con el orden y la claridad?

El hombre elocuente huye de la aridez del estilo didáctico, por que no basta que sea magnífico, alto y sólido un pensamiento, sino es felizmente espresado. La hermosura del estilo solo consiste en la claridad y colorido de la frase, y en el arte de esponer las ideas. Así, pues, hay gran diferencia entre el escritor elocuente, y el escritor elegante. El primero se anuncia con una elocucion animada y persuasiva, formada de espresiones valientes, enérgicas y brillantes, sin dejar de ser ajustadas y naturales. El segundo declara su pensamiento con nobles y galanas frases, formadas de espresiones cultas, flúidas y gratas al oído.

El escritor elocuente, como sea su fin mover y persuadir, se sirve en el discurso de lo vehemente y sublime, dedicándose sobre todo á la fuerza de los términos, á la grandeza de las imá-



genes, y al orden de las ideas. Y el elegante, como aspira á deleitar, solo busca la gracia de la elocucion, esto es, la hermosura de las palabras, y la armónica coordinacion de la sentencia.

Puede un escritor ser disertó, es decir, puede hacer un discurso fácil, puro, claro, elegante, y aun espléndido, y con todo no ser elocuente, por faltarle el calor y la energía. El discurso elocuente, es vivo, animado, vehemente y patético, quiero decir, hiere, eleva, arrebatá, domina y suspende el ánimo. Así que, suponiendo en un hombre facundo nervio en la espresion, elevacion en los pensamientos, y calor en los afectos, basta para hacer un escritor elocuente.

El arte oratoria, como observa un autor de mucho ingenio, consiste mas que en otra cosa, en un estudio reflexivo de los mejores modelos; y en un continuo egercicio de componer y de comparar sus débiles ensayos con la perfeccion de los originales: egercicio que hace fructificar el trabajo mas que una ostentacion de reglas, la mayor parte arbitrarias.

Dos cosas parece que concurren para formar un orador, la *razon* y el *corazon*, aquella para convencer, y este para mover y persuadir. Sobre estas dos disposiciones naturales se afianza la verdadera elocuencia, como el árbol en sus raices.

Sin embargo, los buenos oradores son muy pocos, porque son tambien muy raros los hombres dotados de aquella penetracion, estension y esquisito juicio, necesarios para discernir lo verdadero, y hacerlo evidente; porque, en fin,

son muy raras aquellas almas delicadas que sientan interiormente la impresion de los objetos de sus meditaciones, y que puedan traspasar al corazon del oyente las afecciones de que estan poseidas.

Del modo de ver las cosas, depende en gran parte la fuerza ó debilidad en sentir las, y por consiguiente en espresarlas. Las ideas adquiridas por una sosegada y tibia reflexion en el retiro de un estudio, son menos vivas y acaloradas que las que nacen de la vista y contemplacion de este teatro del mundo. Seria, pues, un prodigio hallar á un ciego de nacimiento, elocuente.

Supuesto el nativo talento de que hablamos, acompañado de la luz de la esperiencia, que presta la humana sociedad, y de la elevacion y nobleza de los sentimientos morales, importa mucho al orador elegir siempre asuntos dignos. Por esto vemos que algunos, cuando el asunto es vago y general, recurren á lugares comunes; hablan mucho, y nada dicen. Á otros vemos que, cuando es árido y estéril, se exhalan apurando menudencias: y á otros que, cuando es débil y frivolo, se ven forzados á cubrirle su desnudez con el adorno de florecillas, que se marchitan en sus mismas manos. En suma, el carácter y autoridad de la elocuencia no se acomoda sino á objetos grandes, ilustres, é interesantes á los hombres, y desprecia siempre la insípida locuacidad, y la pompa vana de las palabras.

Los objetos grandes prestan elocuencia á los ingenios sublimes, pues vemos que Descartes y Newton, que no fueron oradores, son elocuentes cuando hablan de Dios, del tiempo, del espacio, y del universo. En efecto, todo lo que nos



eleva el espíritu, ó nos engrandece el ánimo, es materia propia para la elocuencia, por aquel placer que sentimos de vernos grandes. También, y por la misma causa, todo lo que nos anonada ante los ojos de nuestra consideración, es objeto digno de la gravedad oratoria: pues ¿qué cosa mas capaz para levantar nuestro espíritu humillándole, que el contraste de nuestra pequeñez con la inmensidad de la naturaleza criada?

La verdadera elocuencia necesita del auxilio de muchas ciencias y artes liberales. Cuenta ante todas la *gramática*, que tiene mas obra que ostentación, y es fundamento del arte de bien decir, pues sin ella seríamos siempre niños. De la *lógica* saca el método y fuerza del raciocinio: de la *geometría*, el órden y enlace de las verdades: de la *historia*, el ejemplo y autoridad de los insignes varones: de la *jurisprudencia*, los óráculos de las leyes: de la *filosofía moral*, el conocimiento del corazón del hombre, y de sus pasiones; y de la *poesía*, el colorido de las imágenes, y el embeleso de la armonía.

Todas concurren á formar, ó mas bien á vestir al orador exterior: mas la elocuencia sin la filosofía moral es vanidad pura; y así anduvieron estas dos ciencias compañeras en algun tiempo, y los mismos que enseñaban á orar, eran maestros de buenas costumbres. Las enseñanzas y facultades, que llaman artes liberales, pueden aprender los jóvenes de corrida, como para tomar el sabor y tintura de ellas, por que es imposible, y corta la edad, para ser perfecto en todas. Mas en la filosofía se deben detener, y tenerla por principal ciencia: porque así como es gran placer y cosa curiosa al que navega pasar á

la vista de muchas ciudades é islas; así tambien es muy útil y provechoso quedarse á morar en la mejor de ellas. Por estos muy graciosamente decia Bion el filósofo; que, así como los enamorados de Penélope, no pudiendo juntarse con ella: tenían parte con sus siervas y criadas; así los que no pueden alcanzar la filosofía, se deshacen y consumen en las otras ciencias que no son de ningun valor. Por lo cual conviene tener por cabeza de todas la filosofía.

Para la cura de las dolencias del cuerpo hallaron los hombres la medicina y el egercicio, por que aquella da la sanidad, y este, la buena disposición. Pero, de las pasiones y dolencias del ánimo sola la filosofía es la medicina, porque con esta, y por esta, se puede conocer qual es lo bueno y lo malo, qual lo justo y lo injusto, qué es lo que debemos elegir, y que es lo que debemos evitar. Este tino, que aprendamos con la filosofía, respecto de nuestras acciones, sirve para componer nuestras razones, escoger las palabras y las figuras, y dirigirlas con discrecion y acierto á los oyentes, para encender ó templar sus ánimos.

#### DE LA SABIDURÍA.

Á muchos escritores, por otra parte facundos, les falta cierto caudal de sabiduría, sin cuyo socorro, ó nada se piensa, ó se piensa erradamente. Otros, solo aspiran á decir lindezas: sin advertir que lo esencial para hablar bien consiste en decir cosas buenas, porque no basta hablar como orador para llamarse uno elocuente, si no piensa como filósofo. No le basta formarse por



el dechado de grandes oradores, si carece de aquella luz de sabiduría, necesaria para no desviarse de la senda de la razón, distinguir la verdad de su sombra, y esponerla con dignidad y firmeza.

Mucho desdoran el lustre y autoridad de la elocuencia algunos discursos, tan vacíos de ideas, como de sentido y razón: los unos, tejidos de paralogismos brillantes, que emboban á la muchedumbre y hacen reír al sábio; los otros, vestidos de pensamientos triviales, de espresiones estudiadas, sacadas de lugares comunes, gastados ya del continuo uso.

La sabiduría, así como es fundamento de todas las otras cosas, lo es también de la elocuencia. Y para poseer la gracia de la elocución, y la alteza de las ideas, es menester juntar, como juntó Platon, el arte de decir y el de pensar elegante y sublime. No es muy comun esta unión, acaso por ser tan necesaria, el mismo Horacio la reconoció por tal cuando señala la sabiduría como principio y fuente de escribir bien. El mismo Platon en su Gorgias dice: que el orador ha de poseer la ciencia de los filósofos: Aristóteles despues nos enseña en su retórica que la verdadera filosofía es la secreta guía en todas las artes: y el padre de la oratoria romana ¿no llama á la elocuencia *copiosè loquens sapientia*? Y para no citar siempre autores profanos, en el Eclesiástico se lee hablando del varon justo: «Si el gran Dios y Señor quisiera, henchirlo ha de espíritu de sabiduría; y así lleno de este espíritu, derramará como lluvia las palabras de la sabiduría.»

¿Qué será, pues, aquel *sapere* de Horacio? No es ciertamente el saber como erudición, ni

como ciencia de la escuela, sino la sabiduría; aquella sal con que se condimenta la oración; aquel punto de sazón que se debe dar al manjar del espíritu; aquel discernimiento para escoger lo mejor; aquel término y modo de decir y escribir correcto, puro, claro decoroso y natural; aquella templanza en los conceptos y en sus galas; aquella economía en los ornatos; aquella propiedad y proporcion en las imágenes; aquella oportunidad y justa medida en las alusiones, símiles y comparaciones; aquella severidad y verdad en las sentencias; aquella igualdad en los términos y curso de la oración, hija del recto sentido y liberal raciocinio que se llama filosofía, y es como antorcha que guía los pasos del escritor que aspira á la elocuencia.

El ingenio y la imaginación, por fecundos que sean, no alcanzan solos á este punto de perfección; solo la razón lo alcanza, mas ayudada del saber, que no nace con el hombre, antes se forma con la meditación, con la escogida lectura, y con un continuo egercicio de ver, de comparar, y de componer. Entónces se adquiere aquella discreción, aquel tino y acierto en la elección de las palabras, en la fuerza y verdad de las sentencias, en la solidez y eficacia de las razones, y en el movimiento de los afectos. Entónces preside en todas nuestras composiciones aquel recto sentido con que discernimos no solo lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, lo sólido de lo vacío, lo profundo de lo superficial, sino lo llano de lo humilde, lo natural de lo plebeyo, etc.

Este pulso filosófico que á las plumas de Sallustio, Tácito y Lucano, dió tan recio temple,



se forma de la sublimidad de las ideas, de la profundidad de los afectos, y de la independencia del juicio y opinion comun de los hombres. Pero esta filosofia tiene por cimientos, ya una fuerza de razon para profundizar hasta los principios de las cosas, y levantarse á los conocimientos mas perfectos de que el hombre es capaz; ya una sabiduria de razon, que conteniéndola en los límites señalados al entendimiento, la libra de los errores en que hacen deslizar al hombre la vanidad y el desco fatal de singularizarse.

Un orador, dotado de este pulso filosófico, ahondando las verdades mas comunes, sabe sacar de ellas nueva sustancia, y mezclándola con sus propios pensamientos, produce nuevas verdades, como el diestro químico, que descubre nuevos seres en las sustancias mas conocidas.

### DE LA IMAGINACION.

La mayor parte de los que hasta hoy han tratado de la *imaginacion*, han estrechado ó estendido demasiado la significacion verdadera de esta palabra; cuya ajustada definicion se ha de tomar en su etimología latina, *imago*, imágen.

La imaginacion consiste en una combinacion ó reunion nueva de imágenes, y en la correspondencia ó conformidad exacta de ellas con la afecion que queremos escitar en los otros.

Si ésta ha de ser el terror, entónces la imaginacion cria los esfinges, anima la Furias, hace bramar la tierra en sus volcanes y vomitar fuego á las nubes, si la admiracion ó el embeleso cria de repente el jardin de las Hespéridas, la

isla encantada de Armida, y el palacio de Atlante. Así, pues, podremos decir muy bien, que la imaginacion es la invencion en materia de imágenes, así como en materia de ideas el ingenio.

De estas observaciones se sigue, ser la imaginacion aquel poder, que todo hombre tiene de representarse en su mente las cosas visibles y materiales. Esta facultad intelectual ó intuitiva, depende originalmente de la memoria pues hemos visto antes los hombres, los animales, los montes, los valles, los rios, los mares, los cielos, y sus fenómenos. Estas percepciones entran por los sentidos exteriores, la memoria las retiene, y la imaginacion las compone; por esto los griegos llamaron á las Musas hijas de la *Memoria*.

La memoria, armada de hechos, imágenes y representaciones diferentes, y egercitada de continuo, engendra la imaginacion, la cual, segun se observa nunca es tan viva como desde los treinta hasta los cincuenta años, cuando las fibras del cerebro han adquirido toda su consistencia, para dar vigor á las verdades ó errores, que abrazó el entendimiento. Concurren tambien otras causas físicas á fortificar la imaginacion: los libros la escitan; la pintura y la música la encienden; la vista del teatro del mundo la engrandece; y el clima y suelo nativo la exaltan. A la verdad, alguna diferencia ha de haber entre las eternas nieves de la Lapónia, y el benigno cielo de las fortunadas márgenes del Bétis.

No podemos negar, que la antigüedad, la imaginacion tuvo una suprema influencia en los escritores, quienes, nacidos y criados debajo de un cielo ardiente y sereno, hablaban lenguas muy favorables á la armonía; y tenian ademas

BIBLIOTECA  
ALFONSO REYES  
Año 1625